

**DISCURSO DE LA EXCMA. Y MAGFCA. SRA. RECTORA DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA, D<sup>a</sup>. ADELAIDA DE LA CALLE PARA EL NOMBRAMIENTO COMO DOCTOR HONORIS CAUSA DE D. JAVIER ARACIL SANTONJA**

Excelentísimas e ilustrísimas autoridades,

Señoras y señores,

El Claustro de la Universidad de Málaga acaba de recibir al profesor Aracil como nuevo doctor honoris causa. Un académico que recibe la máxima distinción que otorga la Universidad y lo hace por sus méritos, los que ha ido cosechando a lo largo de su trayectoria profesional.

Un profesor. Un investigador comprometido con la Universidad Pública a la que ha dedicado su vida.

Y lo ha hecho a través de la formación de profesionales, la investigación de la excelencia y la transferencia de sus conocimientos al sector productivo.

Y que además ha sido capaz de crear Escuela, es decir, formar discípulos, que esta Universidad representan no solo la segunda generación si no también la tercera.

Hoy recibe nuestro reconocimiento. Pero también adquiere un compromiso, o mejor dicho, hoy renueva su compromiso con la Universidad de Málaga. Para seguir trabajando con nosotros y para ayudarnos a cumplir mejor con la misión que la sociedad nos tiene encomendada.

Hoy es un día especial para nuestro Claustro porque entre nosotros no solo hay un nuevo miembro. Es también el primer color oro viejo que enriquece nuestro doctorado honoris causa.

Hemos esperado largo tiempo a que llegara este momento. Y ha merecido la pena. Nos felicitamos de la iniciativa de la Escuela técnica Superior de Ingenieros Industriales.

Hoy tenemos la oportunidad de honrar a la vez al hombre. Al ingeniero. Al profesor.

También al humanista revestido siempre de una cierta modestia. Hace pocos días, al leer sus escritos, alguien le comentaba que parecía llegar a la filosofía desde la propia técnica. Y él respondió: “es que a mi edad uno se vuelve siempre un poco filósofo”.

El profesor Aracil ha formado ingenieros. Ha contribuido con su experiencia a orientar las escuelas de ingeniería industrial. Y a quienes no hemos sido sus alumnos, nos ha enseñado algo muy importante. Nos ha enseñado a conocer, a comprender, a querer el trabajo y la misión del ingeniero.

Cuando se le lee, el profesor Aracil nos envuelve con una prosa que a veces resulta casi orteguiana.

A primera vista puede sorprender que un ingeniero defina su labor como una mezcla de arte y ciencia. Y que incluso haga analogía con el pintor cuando crea una obra de arte.

Pero después comprendemos el por qué en el mundo anglosajón a la tecnología punta se le llama precisamente state of the art, “el estado del arte”.

Para el profesor Aracil el resultado, la belleza, también surge de manchas no previstas en el lienzo. Ni todos los brochazos obedecen al diseño del pintor ni todas las creaciones del ingeniero se basan en un conocimiento exacto de la máquina.

Y esa es también la misión del ingeniero. Saber imaginar sus creaciones, incluso antes de disponer de un cierto conocimiento, o soporte científico. Partir de una intuición, de una chispa. Y hacerla realidad.

En origen, la palabra ingeniero procede de ingenium, que a su vez viene de geno. Geno es lo genético, lo innato, lo natural. Pero Geno es también genio. Es la capacidad del espíritu para generar, para innovar. Para transformar.

El Ingenium es una virtud necesaria para desarrollar muchos trabajos. Pero en la ingeniería tiene una característica especial. El profesor Aracil ha descrito muy bien esas zonas de coincidencia y de diferencia que existen entre los ingenieros y los científicos.

La Ciencia surge de la curiosidad, quiere hacer inteligible el mundo, contestar preguntas. La técnica, por el contrario, surge de la necesidad de resolver un problema práctico. Si la ciencia busca la verdad, la técnica simplemente persigue la eficacia. Hacer que las cosas funcionen.

Con frecuencia se dice que el ingeniero debe ser prudente, diestro, competente, hábil, bien informado. Pero además debe ser capaz de resolver problemas. Cada proyecto, cada trabajo que aborda es una sucesión de desafíos que habrá de resolver utilizando el menor tiempo y costo posible.

Esa es sin duda la razón del éxito que muchos ingenieros han cosechado en ámbitos distintos a su campo del saber. Lo ha hecho posible el carácter generalista y polivalente de su perfil, de las competencias y habilidades que han recibido en su formación.

Los ingenieros, y mas en concreto los industriales, no solo brillan en la ingeniería. También en la empresa, en la banca. Y desde luego en la docencia.

Nuestro nuevo Doctor Honoris Causa es un ejemplo de ello. Sus saberes, sus investigaciones, se han proyectado hacia distintos ámbitos de la vida. Pero siempre lo han hecho “desde la universidad”. Tiene tras de si una trayectoria de mas de medio siglo de docencia.

Cuando en 1958 dio su primera clase, jovencísimo, España estaba aun lejos del desarrollo. La ingeniería era una profesión muy minoritaria. Y elitista. En las Escuelas no existía la dedicación exclusiva y mucho menos, la investigación. Los profesores eran ingenieros de reconocido prestigio que, básicamente, dedicaban unas horas de su tiempo en formar a sus futuros compañeros.

Él, sin embargo, apostó firme por la Universidad, sin ahorrar esfuerzos. Supo hacer compatible la vida universitaria con la profesión, la dedicación exclusiva con las relaciones con la industria. Supo lanzar la investigación. Modernizó la docencia.

Ha enseñado a muchos a ser ingenieros, pero también a ser profesores, investigadores. Y mas allá, ha orientado a departamentos, ha contribuido a hacer posible el presente de varias de las escuelas de ingenieros industriales de España.

El profesor Aracil es hoy el referente de las cualidades que deben adornar a quien ha de formar ingenieros. Representa la vocación como motor; como impulso capaz de ilusionar a los jóvenes que llegan a las Escuelas llenos de curiosidad y salen convertidos en ingenieros. O como él gusta de repetir, en profesionales preparados para resolver problemas de la forma más práctica y económica posible. Una lógica propia de ingenieros que cada día se torna más necesaria en la sociedad en la que vivimos.

Resolver problemas, hacer que las cosas funcionen, es hoy un objetivo ambicioso que trasciende el ámbito universitario. Simplificar y hacer accesible lo complejo requiere del ingenium de los ingenieros. Y no solo en las máquinas.

Nuestra Escuela es joven, apenas dos décadas, la mitad del tiempo de vida de esta Universidad. Sin embargo, ya tiene méritos más que sobrados para que estemos orgullosos de sus profesores, de sus alumnos, de sus logros. Hoy compartimos con ella la satisfacción de recibir a su nuevo Doctor Honoris Causa.

El profesor Aracil no solo ha hecho historia. También la ha escrito. En ella nos ha enseñado hasta qué punto una Escuela de Ingenieros Industriales puede ser un elemento transformador del entorno. Hasta qué punto una Escuela dinamiza, abona el terreno para emprendedores, para que jóvenes creadores innoven, creen tejido industrial.

Él ha sido testigo privilegiado de cómo una Escuela puede poner en valor un entorno y por extensión, cambiar el sentido de la historia. Marcar la diferencia entre un antes y un después.

Antes, los ingenieros tenían que venir, necesariamente, desde fuera. Ahora pueden formarse en su propia tierra, pueden hacerlo en Málaga.

Esto, en muchos casos representa la diferencia entre estar simplemente de paso, sin arraigo, o salir graduado desde su propia ciudad, sabiendo exactamente la idiosincrasia de la tierra, las carencias, las potencialidades, las oportunidades. Todo aquello que no necesita aprenderse, simplemente porque se ha vivido. Todo lo que, en definitiva, ayuda a lanzarse a emprender, a innovar. A crear riqueza en su propio entorno.

Esa es una de las misiones de nuestra Escuela. Además de formar buenos ingenieros, que ya lo hace, la Escuela debe ayudarnos a superar la nostalgia. La nostalgia de aquella Málaga industrial del XIX, la ciudad de las altas chimeneas que se apagaron hasta ser solo un recuerdo.

Ahora, al sueño frustrado de aquella Málaga industrial debe sustituir la Málaga de las tecnologías punta. Del láser y de los túneles de viento. De la robótica y de la electrónica. De la automática.

Una Málaga del futuro que, necesariamente, pasa por esta Escuela de Ingenieros Industriales.

Una Escuela que hoy escribe una nueva página, brillante y entrañable, en su joven historia.

Una página de honor que esta tarde compartimos y de la que nos enorgullecemos.

Profesor Aracil, sea cordialmente bienvenido al Claustro de la Universidad de Málaga.